

## PSICOANÁLISIS

# ILUSIÓN DE ILUSIÓN

(Rev GPU 2015; 11; 4: 339-346)

Bernardita Méndez<sup>1</sup>

“Lo que este tipo de interacciones ofrecen es una oportunidad para el analizando, no tanto de renunciar a sus ilusiones sino más bien a experimentarlas en un contexto más amplio, no como límites constrictivos frente a las experiencias con los otros sino como posibles formas de enriquecer sus interacciones. La propia facilidad del analista de involucrarse y alejarse de las ilusiones relativas a sí mismo y a los otros resulta crucial para este proceso”<sup>2</sup>.

De este modo finaliza el trabajo titulado *The wings of Icarus* donde Mitchell (1999) examina el concepto Ilusión y el problema del narcisismo. En sus palabras finales añade la posibilidad de que el analizando aprenda o internalice un tipo de *amor a la vida* que no se sustenta en las ilusiones pero que se ve continuamente enriquecido por estas<sup>3</sup>.

Más tarde, en el epílogo de este trabajo escrito años después, Mitchell menciona uno de sus intereses más recientes, el cual: “... incluye una suerte de retorno hacia una de mis preocupaciones más tempranas –la función de la idealización, no en el narcisismo sino en el *romance*”.

## INTRODUCCIÓN

En las citas anteriores he destacado en cursivas las expresiones “amor a la vida” y “romance”<sup>4</sup>, expresiones que al momento de reunirse se descubren ocupando el espacio informe y generativo de la ilusión. ¿En qué consiste este espacio? Para responder a esta interrogante

habrá que seguir el camino inaugurado por Winnicott y Kohut, quienes complementan y amplían el significado restringido de ilusión entendido como distorsión del examen y sentido de la realidad, acercándolo al ámbito del juego, creatividad y esperanza.

Atendiendo a la descripción que Mitchell (2000) hace del “romance” que se desarrolla entre él y su paciente

<sup>1</sup> Licenciada en Psicología Universidad Católica de Chile, Psicoanalista ICHPA. (La actual es la Monografía presentada en Seminario dedicado a Stephen A. Mitchell organizado por la Asociación Chilena de Psicoanálisis, APCh, julio, 1915). b.mendezsusaeta@gmail.com.

<sup>2</sup> Mitchell S. y Aron L. (1986). *The Wings of Icarus: Illusion and the Problem of Narcissism*. En Mitchell S. & Aron L., *Relational Psychoanalysis. The Emergence of a Tradition*. Hillsdale NJ: The Analytic Press, 1999, p. 176.

<sup>3</sup> *Ibid*, p. 176.

<sup>4</sup> Una de las acepciones del vocablo Romance es “Relación amorosa pasajera”. Diccionario de la Real Academia Española. Versión Digital.

Gloria<sup>5</sup> es posible situar también esta experiencia relacional junto a cierta vitalidad y sentido de agencia. Mitchell describe ese “romance” como poseyendo la cualidad de un espacio “potencial” al modo winnicottiano. Este espacio “...cobró vida en las sesiones y ella se lo llevaba fuera de las sesiones como una presencia intrapsíquica constructiva. (...) durante este periodo ella creció en modos que ambos veíamos como muy constructivos”<sup>6</sup>.

Cuando Winnicott se refiere al espacio potencial, describe, entre otros distintivos, su carácter de *zona de ilusión*<sup>7</sup>. Esta zona intermedia de experiencia entre el individuo y el ambiente constituye para Winnicott y otros autores la clave del sentido de la vida y de la salud mental. Desde esta perspectiva, salud mental será entendida como sinónimo de la capacidad de jugar.

Mitchell comenta que el espacio potencial en análisis a veces es llenado con el romance. ¿Podremos entender el romance al interior de la situación analítica como una forma particular de invitación a la experiencia de ilusión y de juego?

## ESPACIO POTENCIAL E ILUSIÓN

En el caso del “romance” de Mitchell y Gloria se observa lo que se ha descrito como las formas específicas del espacio potencial que incluyen entre las experiencias humanas la del espacio analítico o terapéutico. Mitchell (2000) lo expresa de un modo sutilmente distinto pero probablemente más preciso cuando se refiere a los espacios potenciales que el psicoanálisis *hace posible* (las cursivas son mías)...<sup>8</sup>. Más preciso ya que tal espacio no siempre se da, así como las madres no siempre están en condiciones de facilitararlo.

En tanto continente y contenido, el espacio potencial se llena y se construye a partir de la capacidad de jugar, de ilusionar y, podría decirse también, siguiendo a Mitchell, la capacidad de abandonarse a las emociones que emergen en un espacio que posibilita el desarrollo de la confianza mutua.

Mitchell nos muestra una y otra vez a partir de su experiencia clínica que la disponibilidad del analista a aceptar lúdicamente las invitaciones de sus pacientes

a unirse en una forma de interacción particular y de abandonarse responsablemente a las emociones emergentes en el espacio del análisis resulta fundamental para los fines analíticos.

¿Qué es lo que lleva a una persona a buscar la ayuda de un analista y luego a mantenerse en esa forma particular de relación? Resulta coherente pensar que, junto a los motivos conscientes, un motivo inconsciente central es la búsqueda y la esperanza de integrarse en una relación que posibilite la construcción (co-construcción) de una zona de ilusión. He aquí donde se nos muestra la doble acepción del vocablo ilusión: por un lado suspensión de la realidad, por otro, esperanza. Motivo, entonces, que podría expresarse como “ilusión de ilusión”.

## SELF

Desde la perspectiva de los autores que ponen su mirada en el polo del *self* para establecer la primacía de las relaciones interpersonales dentro de la experiencia humana<sup>9</sup>, los distintivos de la vida mental saludable son las autorrepresentaciones duraderas integradas, la constancia objetal y la flexibilidad en la regulación de la autoestima, los que se adquieren en un proceso que depende de las relaciones del niño con su entorno humano.

Qué sea o en qué consista el *self* es una pregunta que no se responde fácilmente. Desde ya hablar de *el self* conduce al equívoco de identificarlo con una sustancia, con un objeto separado y ubicado en el centro del individuo. Quizás resulte más acertado entenderlo como un proceso o actividad de carácter autorreflexivo, que opera en el ámbito intrapsíquico e interpersonal de una manera simultánea.

Ahora bien, aun cuando autores como Sullivan denuncian el carácter ilusorio de la singularidad e individualidad del *self*<sup>10</sup>; aun cuando el psicoanálisis

<sup>5</sup> Mitchell S. (2000). *Intersubjectivity: Between: Expressiveness and Restraint in the Analytic Relationship*. En *Relationality: From Attachment to Intersubjectivity*. Hillsdale, NJ: The Analytic Press. Cap. 6, pp. 125-146.

<sup>6</sup> *Ibid*, p. 137.

<sup>7</sup> Winnicott D. *Objetos transicionales y fenómenos transicionales en Realidad y Juego*. Gedisa, 1971.

<sup>8</sup> *Intersubjectivity*, p. 138.

<sup>9</sup> Así clasifica Mitchell uno de los modelos relacionales basado en su tendencia conceptual y en la manera en que se establece la primacía de las relaciones dentro de la experiencia humana. En: Mitchell S. (1988). *La matriz relacional*. En *Conceptos relacionales en psicoanálisis: una integración*. México: Siglo XXI eds. Cap. 1, p. 43.

<sup>10</sup> Resulta interesante comentar aquí que Sullivan se refiere a tal ilusión como la “madre de las ilusiones” como una ilusión esencialmente narcisista, sirviendo a la función defensiva de distanciar la ansiedad y distraer la atención de los modos en que las personas de hecho operan con otros (*Multiple Selves, Singular Self*, p. 106). Esta corresponde, a mi juicio, a la forma restringida de entender la ilusión.

contemporáneo descubre en la discontinuidad de la organización del *self* un elemento enriquecedor de la experiencia vital, todo ello no contradice el estatus motivacional central que posee la *experiencia* subjetiva de un *self* independiente de los cambios en el tiempo, de un *self* conectado con la función de la autorreflexión, y los esfuerzos para organizar y mantener un sentido del *self* integrado<sup>11</sup>.

De acuerdo con Kohut<sup>12</sup>, la confirmación de la subjetividad por parte de un otro resulta clave para el proceso de formación y articulación del *self*, así como también resulta ser la acción terapéutica central del proceso analítico. Al referirse a la perspectiva de la psicología del *self* Mitchell (1993) comenta que el factor clave de todo el proceso de formación y articulación del *self* en el contexto analítico es la búsqueda largamente perseguida por parte del paciente de una experiencia saludable con un Otro, el esfuerzo y la búsqueda permanente de un “nuevo comienzo”. Desde esta perspectiva, añade Mitchell, la tarea del analista es localizar y aliarse con la *esperanza* (las curvas son mías) asociada a la expresión y articulación del *self*, ahí donde hay un *self* dañado que necesita ser reparado<sup>13</sup>.

A tales distintivos de un *self* saludable se suma el sentido de agencia equivalente a la descripción que hace Kohut como “centro de iniciativa”<sup>14</sup>. ¿Podrá asociarse este centro de iniciativa a la idea de vitalidad?

Desde la perspectiva del modelo relacional la experiencia subjetiva de un *self* integrado está profundamente incrustada en las relaciones pasadas y presentes que tenemos con otros<sup>15</sup>, razón por la cual la relación analítica es susceptible de convertirse en una oportunidad, entre otras, para la integración del *self* y de la autoestima. Ello en tanto se la entiende como una relación, no solo con un objeto “antiguo y/o malo” (Loewald/ Fairbain) sino también como un objeto “nuevo/bueno”, cuya participación cuestiona, retroalimenta, se muestra escéptica, sostiene, etc. Constituye una oportunidad para quebrar las categorías habituales a partir de las cuales empaquetamos automáticamente nuestra experiencia.

## ILUSIÓN Y NARCISISMO

En *Wings of Icarus* Mitchell (1999) compara dos enfoques contrastantes frente al problema del narcisismo: aquel que lo ve como una ilusión y el que lo ve como la base de la creatividad y ensanchamiento de los bordes del *self*; el que lo considera una defensa versus el que lo considera como la base de la creatividad y el crecimiento<sup>16</sup>.

En un esfuerzo de síntesis Mitchell (1999) propone una tercera aproximación desde el modelo relacional, que incorpora algunos aspectos de estos modelos al mismo tiempo que pone el acento en la comprensión del narcisismo como un patrón aprendido de integración de las relaciones, que sirve al propósito de vehicular y mantener la conexión íntima con otros.

En términos descriptivos el narcisismo implica la atribución de un valor ilusorio. Para Freud, tal sobre valoración conlleva una imagen inflada en importancia, sea de uno mismo o del otro, la exageración de su poder, el ensalzamiento de su perfección.

Desde la teoría clásica que ve en el desarrollo un proceso lineal que progresa desde un modo de funcionamiento infantil y primitivo a uno más evolucionado y racional, la sobrevaloración ilusoria representa un alejamiento indeseable de la realidad o del involucramiento con otros, incluso en aquellos casos en que la ilusión se transfiere a través de la idealización hacia el objeto amado.

No obstante, a pesar de lo limitado que resulta este enfoque, la teorización y tratamiento del narcisismo a partir de la teoría clásica y posterior abrió paso al estudio del concepto del *self* y los dinamismos intrapsíquicos de fenómenos asociados, tales como la regulación de la autoestima y de la autovaloración. Permitió, como señala Mitchell (1999), responder a interrogantes como estas: “¿Cómo llega una persona a experimentar y visualizarse a sí misma del modo en que lo hace? ¿Cómo se desarrolla la autovaloración y cómo se conserva?”<sup>17</sup>, interrogantes que luego constituirían la preocupación central para teóricos del modelo relacional.

Mitchell (1993) repara en que los primeros modelos que intentan responder a dichas interrogantes, enfocan el desarrollo psíquico desde las dinámicas intrapsíquica<sup>18</sup> correspondientes a los estadios tempranos

<sup>11</sup> Kohut en Mitchell S. *Multiple Selves, Singular Self*. En Hope and Dread in Psychoanalysis. New York: Basic Books. (1993) Cap. 4, pp. 95-122.

<sup>12</sup> *Ibid*, p. 108.

<sup>13</sup> *Ibid*, p. 108.

<sup>14</sup> *Ibid*, p. 109.

<sup>15</sup> *Ibid*, p. 113.

<sup>16</sup> *Óp. cit.*, p. 154.

<sup>17</sup> *Óp. cit.*, p. 156.

<sup>18</sup> En *True Selves, False selves* (Hope and Dread in Psychoanalysis. New York: Basic Books. (1993), p. 143), Mitchell sostiene que, a su juicio, la psique humana es ambas, intrapsíquica e interpersonal. Se trata de un fenómeno de una persona y de dos personas simultáneamente.

del desarrollo, perdiendo de vista lo profundamente incrustada que está la experiencia subjetiva del *self* en su medio interpersonal pasado y actual. A pesar de ello los fenómenos que se describieron como asociados al desarrollo temprano del *self*, tales como la creatividad, ilusión y juego, la necesidad de un reflejo, la empatía, el espacio potencial, etc., poseen una relevancia central a la hora de pensar el tratamiento psicoanalítico entendido como una relación de dos.

Por otro lado, de acuerdo con Mitchell (1999) la determinación de la patología o salud emocional, cuando se trata de ilusiones narcisistas, tiene menos que ver con el contenido de la ilusión que con la actitud de la persona acerca de tal contenido: cuán serio se lo toma, y de qué modo tal actitud determina sus actuaciones y disposiciones vitales<sup>19</sup>. Tal aproximación da pie para pensar en un narcisismo saludable, el cual refleja un equilibrio dialéctico entre ilusión y realidad: las ilusiones concernientes a uno mismo y a otros aparecen, se gozan de un modo lúdico y se renuncia a ellas de cara a las desilusiones. En el narcisismo patológico, en cambio, las ilusiones son tomadas demasiado en serio, la realidad es sacrificada con el fin de perpetuar la ilusión. En este caso está ausente la capacidad de juego.

Para Mitchell (1999) el factor etiológico clave de esta dificultad de equilibrar ilusión y realidad está dado al interior de las relaciones con otros significativos que conducen a la formación del carácter. “El desarrollo de este equilibrio necesario para un narcisismo saludable requiere un tipo de relación particular con un padre (madre) en el cual este es capaz de experimentar de un modo confortable tanto al niño como a sí mismo en ambos modos, en ilusiones juguetonas de grandiosidad, idealización y fusión, y también en desilusiones decepcionantes y en limitaciones realistas. Requiere de la capacidad del padre de gozar y jugar con las ilusiones del niño, sumar las propias ilusiones y ser capaz de dejarlas ir, experimentándose a sí mismo como al niño, de un modo más realista”<sup>20</sup>.

## CONSIDERACIONES TÉCNICAS

Tanto en *Wings of Icarus* como en *Intersubjectivity*, Mitchell describe su postura analítica consistente en una tarea doble. En el caso del análisis de las ilusiones narcisistas se trata de una “dialéctica sutil que alterna el unirse con el paciente en una integración narcisista y simultáneamente cuestionar la naturaleza y el propósito

de dicha integración”<sup>21</sup>. Mitchell propone la utilidad de entender a las ilusiones narcisistas como una forma de participación con otros, como una táctica y una invitación a una forma particular de interacción. El paciente requiere que el analista complete el lazo con el objeto antiguo. Se trata, en otras palabras, de una invitación o de la esperanza (inconsciente) de unirse en un juego particular y, por lo tanto, requiere del analista una disposición al juego, la capacidad de entrar y salir del espacio del juego y la ilusión. En este proceso algunos pacientes habrán de aprender a jugar.

En cuanto a las emociones y sentimientos que se desarrollan en la relación analítica, Mitchell (2000) sostiene que lo que se le pide al analista es que permita que sus sentimientos (amor, odio) emerjan, pero de un modo responsable, esto es, sin dejar simultáneamente de tomar en cuenta sus implicaciones en el proceso analítico del cual ellos son los guardianes<sup>22</sup>. Y, más que guardianes, Mitchell combina la responsabilidad analítica con la preocupación que naturalmente emerge al interior de una relación en que nos involucramos profundamente con una persona<sup>23</sup>.

## ROMANCE EN EL ESPACIO POTENCIAL ANALÍTICO

Comenta Mitchell que luego de transcurrido un tiempo de este “romance” entre él y su paciente las fantasías de Gloria comenzaron a tornarse obsesivas y, en lugar de abrirse a nuevas experiencias su vida comenzó a colapsar en torno al análisis. En algún momento se hizo claro que ella creía verdaderamente que una aventura amorosa entre ellos después o durante el análisis era posible. Esta situación condujo a que Mitchell le aclarara que él nunca tendría una aventura con una paciente durante o después del tratamiento. El hacer explícitos sus límites dio lugar a que Gloria evocara dolorosamente el rechazo por parte de su padre y la retirada de su tío con quien había tenido en su niñez una relación profunda y apasionada. Pero, paulatinamente, el señalamiento de los límites le permitió a Gloria consolidar sus relaciones con otros hombres de su mundo –lo que constituía su motivo de consulta– incluida la relación amorosa con su marido.

Mitchell comenta que los espacios analíticos que el psicoanálisis hace posible tienen una duración limitada en el tiempo. “Pueden resultar de una enorme utilidad analítica, pero solo por un tiempo. Más allá se vuelven

<sup>19</sup> *Óp. cit.*, p. 165.

<sup>20</sup> *Óp. cit.*, p. 167.

<sup>21</sup> *Óp. cit.*, p. 171.

<sup>22</sup> *Óp. cit.*, p. 132.

<sup>23</sup> *Óp. cit.*, p. 134.

constrictivos"<sup>24</sup>. Al igual que en el tratamiento de las ilusiones narcisistas, Mitchell descubre en este contexto la necesidad de encontrar un equilibrio constructivo a fin de facilitar el proceso analítico. En estos casos, entre el amor cultivado y el amor cuestionado en la transferencia y la contratransferencia.

## CONCLUSIÓN

Tanto en inglés como en castellano el vocablo *ilusión* (*illusion*) denota un engaño a nivel de los sentidos (espejismo) y de las creencias, sumado a la connotación de esperanza, poco realista en el caso del inglés. En castellano, en cambio, se añade a la esperanza el sentido de entusiasmo y alegría<sup>25</sup>.

Desde el psicoanálisis podría decirse que el sentido de esperanza que el fenómeno de la ilusión comporta se asocia también a la idea de vitalidad o, como dice Mitchell, a una suerte de "amor a la vida que se sostiene en el doble juego de la ilusión y la renuncia a ellas".

De acuerdo con Winnicott, el espacio que hace posible la experiencia de una ilusión vital y saludable asociada al juego y a la creatividad es aquella zona intermedia de experiencia entre el individuo y el ambiente facilitador. Desde el modelo relacional, podría plantearse que el espacio potencial que el análisis hace posible consiste en una experiencia compartida de ilusión. Ahora bien, para que el espacio analítico se transforme en un ambiente facilitador se requiere, en primera instancia, de la capacidad de juego del analista. Dicha capacidad facilita la co-construcción (analista-analizando) de un espacio que se ofrece a este último como una oportunidad de juego e ilusión.

Entendida así, la oportunidad de jugar junto a un otro que se deja llevar responsablemente resulta ser un aspecto motivacional fundamental, que probablemente subyace a muchos motivos de consulta. El proceso de análisis se entiende, desde esta perspectiva, como aquel que se encamina al "encuentro del momento de la esperanza" (Kohut), de la revitalización de un *self* congelado y abortado, en el decir de Winnicott<sup>26</sup>.

Por su parte, Mitchell (1999) comenta la importancia para los fines analíticos de una disposición del analista a aceptar la invitación del paciente a participar en una forma particular de relación. Para ello se requiere de una disposición y habilidad para jugar, lo que implica la libertad de moverse de ida y vuelta entre

la realidad y la ilusión. El hecho de poder participar en ese juego con el paciente se traduce en una facilitación para que este último se reúna con la esperanza, recuperando o quizás conquistando por primera vez el amor a la vida.

Posiblemente la vitalidad fundada en la esperanza es la que está en la base de la capacidad de aceptar la realidad con sus limitaciones.

De otra parte, se requiere del analista la disposición y capacidad de abandonarse en forma responsable a la emergencia de sentimientos en la relación analítica con y hacia su paciente.

Mitchell comenta que la base para todas las relaciones interpersonales futuras del niño dependen de la capacidad de los padres de jugar al juego de la construcción y renuncia de las ilusiones y de ofrecerle una presencia emocional completa y variada.

De la información que Mitchell nos entrega acerca de Gloria no sabemos cuán en serio o no se tomaba su tío este "romance apasionado" con su sobrina. De ello depende que pudiese entenderse como un juego del cual en algún momento habrían de salir, ya sea que se diluyese gradualmente o bien que el tío se viese obligado en algún momento a poner límite a la ilusión. Tal como a Mitchell le ocurrió al interior del proceso analítico con Gloria. Pero ese tránsito quedó suspendido en la niñez de Gloria, cuando su padre retorna al hogar y el tío se retira de la relación, transformándose en una presencia inmutable. Tampoco ocurrió viniendo del padre ya que, al parecer, este no fue capaz de establecer una relación propia con su hija.

Mitchell (1999) señala lo limitado que resulta la perspectiva de Kohut al igual que las posturas más tradicionales cuando entienden la ilusión como una actividad mental localizada en las fases tempranas del desarrollo y no como el "producto normal de una actividad mental a lo largo de todo el ciclo vital". Del mismo modo, comenta, las ilusiones que aparecen en la situación psicoanalítica son tratadas como reflejando necesidades tempranas del desarrollo, en su "forma pura" en vez de entenderlas como un modo aprendido de conexión íntima con otros. Para este autor las ilusiones narcisistas se generan a lo largo de todo el ciclo vital.

En una línea similar podría pensarse que la invitación a participar de un tipo de relación particular, por ejemplo el "romance" de Gloria, puede ser entendida como el vehículo para completar lazos pertenecientes a distintos momentos de la vida así como a distintas dinámicas psíquicas: el lazo amoroso con su tío y sus correspondientes dinámicas de amor edípico, al mismo tiempo que el vehículo para completar y reparar el probable lazo deficitario con una madre depresiva.

<sup>24</sup> *Óp. cit.*, p. 138.

<sup>25</sup> Diccionario Word Reference: [www.wordreference.com](http://www.wordreference.com)

<sup>26</sup> En *Wings of Icarus*... p. 162.

En otras palabras, un mismo sentimiento como el amor transferencial puede dar cuenta de necesidades de integración narcisista correspondientes a distintas etapas del desarrollo. De este modo se vuelve más complejo lo que en otro momento se habría entendido como una transferencia de carácter edípico, originada en la etapa del desarrollo correspondiente e integrando mociones pulsionales específicas.

¿Podrá, entonces, entenderse el romance de Gloria con el tío como una ilusión narcisista particular de esta fase del ciclo vital? ¿Como el momento de la idealización propia del amor romántico, hacia una figura que sustituyó al padre, ahí donde había una madre depresiva y un padre ausente, y/o como la esperanza por parte de Gloria asociada a la experiencia articuladora de su *self* y de su autoestima? ¿Se trataba de un modo de conexión entre ellos que llenó ese espacio de juego compartido con la ilusión entendida como esperanza de amar y de sentirse amados, de reflejar y ser reflejado, de admirar y sentirse admirados?

Sea como sea, este juego y su correspondiente duelo se vio interrumpido cuando el padre de Gloria vuelve al hogar, momento en que el tío se retira. Queda abierta la pregunta de si se trataba de un juego o de una suerte de "adicción"<sup>27</sup> del tío a esta ilusión, que no le dejase a Gloria opción para relacionarse con él de otro modo. Si ese fuese el caso se podría pensar que el juego romántico al que Gloria invita a Mitchell constituiría un modo aprendido de conexión con otros que se volvió un patrón estereotipado y compulsivo de integración.

Del mismo modo en que Mitchell propone ver las ilusiones narcisistas como una táctica o invitación a participar en una forma particular de relación, podría extenderse esta mirada al campo de las ilusiones entendidas como esperanza de jugar el juego de la ilusión<sup>28</sup>, lo que sería consistente con la idea de los espacios potenciales que el psicoanálisis hace posible, y que, como Mitchell nos muestra, a veces son llenados con amor romántico.

Pero este juego, este espacio potencial, tiene su fecha de expiración, como toda experiencia que se desarrolla en la temporalidad, es decir, que forma parte de un ciclo vital. Fijar los límites tal como lo tuvo que hacer

Mitchell o como lo deben hacer los padres re-envía la ilusión al campo de las relaciones con objetos nuevos a la vez que reales, así como al mundo de la cultura, las artes y la religión.

## REFLEXIÓN FINAL

El psicoanálisis en cuanto experiencia vivida es uno de los tantos caminos que se pueden emprender con el propósito de lograr cambios significativos en la forma de experimentar la propia vida. En tanto camino, este nos pone frente a preguntas cruciales relativas a la experiencia humana. ¿Por qué una persona busca y luego permanece en este dispositivo que se caracteriza por la integración de una relación particular con otro, una de cuyas tareas es facilitar el proceso de la autorreflexión? ¿Qué motivos profundos, aparte del sufrimiento y el conflicto, conducen a una persona a unirse en una relación con un otro cuya participación cuestiona, retroalimenta, se muestra escéptica, sostiene, etc., y que, en definitiva, se constituye en una oportunidad para quebrar las categorías habituales a partir de las cuales empaquetamos automáticamente nuestra experiencia? Es más: ¿cómo se entiende esta motivación si se considera que, inevitablemente, conlleva el peligro de ingresar en zonas "peligrosas" de la experiencia humana como son las del perderse a sí mismo, dejar de reconocerse, quedar arrojado a una soledad absoluta, quedar sometido a la arbitrariedad de los propios impulsos inaceptables, etc.?

En cuanto al analista, ¿cuál es el supuesto último que guía su práctica?

Si bien podría pensarse, a primera vista, que la pregunta que interroga por los supuestos que guían el actuar del analista se sitúa en un terreno distinto a aquel que concierne a las motivaciones profundas en el analizando, si se los entiende desde la perspectiva general que indaga sobre las motivaciones humanas y el sentido de la propia existencia, es posible reunir a ambas bajo una mirada común. Resulta coherente suponer que la ilusión como esperanza, como movimiento de sentido progresivo y afín a la vida, posee un estatus central en lo que concierne a las motivaciones profundas del ser humano. Esta postura es una alternativa frente a los planteamientos de Fromm (en Mitchell, 1999, p. 160) para quien existen, en términos generales, dos tipos de respuestas posibles frente a realidades ineludibles de la condición humana, tales como la finitud y la separación: respuestas progresivas y productivas que aceptan las realidades existenciales y crean lazos significativos con otros, y respuestas regresivas y destructivas, basadas en el autoengaño y la negación de las realidades de la condición humana.

<sup>27</sup> Así se refiere Mitchell a la actitud de los padres que se toman demasiado en serio sus ilusiones narcisistas, obligando al niño a participar de tales ilusiones, como único modo de conectarse con ellos. *Op. cit.*, pp. 167-168.

<sup>28</sup> Cabe comentar aquí el uso que se le da a la palabra ilusión en Chile para referirse al anillo de compromiso, anterior al matrimonio.

A partir de los conceptos revisados en el presente trabajo se hace posible visualizar una tercera alternativa a partir de la cual se abre la oportunidad de barajar las cartas de la propia vida y buscar nuevas combinaciones.

¿Qué distingue a esta esperanza entendida como “fuerza” subyacente afín a la vitalidad del concepto de pulsión de vida contrapuesta a la pulsión de muerte, de Eros confrontado a Tánatos? Por lo pronto, estos conceptos remiten a una realidad abstracta de carácter especulativo, difícil de aprehender en el momento en que se piensa en las particularidades de la experiencia vivida. Resulta más fácil y cercano a la experiencia, sin que por ello se sacrifique la profundidad, pensar en elecciones particulares de vida en las que este supuesto vital tiene el espacio para manifestarse. O inhibirse. Un ejemplo es la decisión de iniciar un análisis, lo mismo de persistir en él durante un tiempo indeterminado. Allí se pone en juego la esperanza (consciente e inconsciente) puesta en las fuerzas internas de crecimiento, de vitalización-revitalización y de enriquecimiento. Kohut lo expresa como el “esfuerzo perpetuo de encontrar un puente constructivo sobre los *impasses* del desarrollo.” Fuerzas y/o movimientos que se oponen, en un juego dialéctico, a aquellos que empujan en la dirección contraria, regresiva, destructiva e inmovilizadora.

Lo novedoso, desde el modelo relacional, es que dicha esperanza requiere de un contexto relacional particular para que se exprese y se co-construya a la vez. Requiere del analista que localice y se alíe con una esperanza constructiva: “ese esfuerzo positivo del desarrollo es la voz entre otras que Kohut siente que necesita ser encontrada, amplificada y cálidamente acogida si es que hay un *self* dañado que debe ser reparado”<sup>29</sup>. Requiere, entonces, que el analista integre para sí y desde sí ese supuesto básico de confianza en la existencia de un fondo esperanzador que subyace a la relación con su paciente. Supuesto que contradice la interpretación restringida de las ilusiones como defensas frente a la realidad, como resistencias frente al proceso analítico.

A mi juicio, lo restringido de esta perspectiva consiste en una suerte de negación de la temporalidad de los procesos humanos. Desde el modelo clásico, en lo que se ha llamado una “hermenéutica de la sospecha”, las ilusiones del paciente son vistas como manifestaciones de una defensa frente a la realidad, lo que pone al analista, por ejemplo a Kernberg (en Mitchell, 1999) en la tarea de interpretar “*rápidamente*” y con vigor

su carácter defensivo y su irrealidad (las cursivas son mías). Aquí no hay espacio para el tiempo de la espera. Tales intervenciones no operan bajo el supuesto de la confianza en las fuerzas constructivas del crecimiento. Supuesto que se situaría en una posición dialéctica frente a las fuerzas regresivas que fijan al paciente en ilusiones a partir de las cuales se niega la realidad. Desde la modelo tradicional, resulta una ingenuidad pensar que el resplandor de estas experiencias narcisistas se transformará, con el tiempo, en un sentido más realista y duradero del *self* como algo valioso.

Ahora bien, la función de corte y de límite, proveniente de la realidad externa y de la relación con otros significativos, sin duda es un factor de crecimiento. Desde esta perspectiva Loewald, por ejemplo, critica a Kohut, quien pareciera evitar todo sentido de “una afirmación de los aspectos positivos y enriquecedores de las limitaciones del *self* y de los otros”, lo que constituye, a juicio de este autor, un modo sutil de seducción del paciente (en Mitchell, 1999, p. 164)

Desde la perspectiva de Mitchell, quien considera la utilidad de entender las ilusiones narcisistas no solo como una solución al servicio de una economía psíquica interna, ni tampoco solamente como una pura eflorescencia de la vida mental infantil, sino que fundamentalmente como una forma de participación con otros, se interpretan los anhelos de admiración e idealización en el paciente como “invitaciones” al analista a participar en un modo particular de relación. Considerar a las ilusiones narcisistas de este modo sitúa la respuesta del analista bajo una perspectiva diferente a la que se deriva del modelo clásico, por cuanto integra simultáneamente el elemento regresivo de los patrones de relación en el momento en que estos de tornan compulsivos al sentido progresivo de esperanza que la ilusión comporta.

El analizando, nos dice Mitchell, requiere de cierta participación del analista para completar el lazo con el objeto antiguo. Sin embargo, a la hora de plantear las implicancias técnicas derivadas de esta mirada, Mitchell muestra cierta inconsistencia cuando considera el *timing* de este proceso. Por un lado entiende que los analizandos que manifiestan transferencias narcisistas necesitan idealizar al analista o ser admirados por él (o ambos), por lo menos por un tiempo, de manera de sentirse involucrados y de sentir que algo importante está pasando. Pero por otro lado, cuando se refiere a las implicancias técnicas de este enfoque, repetirá en más de una ocasión la necesidad de unirse a la integración narcisista y *simultáneamente* (las cursivas son mías) cuestionar la naturaleza y el propósito de tal integración.

<sup>29</sup> Mitchell, “Multiple selves, singular selves” en *Hope and Dread*, 19, p. 108.

A mi juicio, poner límites a la ilusión, sean estas narcisistas u otras como en el caso del romance, cuestionar sus beneficios, mostrar su fijación en el tiempo, todas estas intervenciones son necesarios para el crecimiento del analizando. La cuestión es cuándo resulta provechoso para el proceso analítico plantear estos límites. Permitir la integración y “simultáneamente” cuestionarla pareciera delatar una cierta desconfianza en lo que puede resultar de dicha integración, lo que conduce a la idea de acotarla en el mismo momento en que se manifiesta. Bromberg (1983 en Mitchell, 1999, p. 175) pareciera otorgarle al tiempo un “espacio” más amplio cuando sostiene que: “Para algunos de estos individuos, más que para otros, el éxito del análisis depende de ser capaz de participar en un periodo inicial de duración indefinida, en el cual el análisis los protege parcialmente de la cruda realidad que aún no pueden integrar, mientras se lleva a cabo una función más amplia de mediar su transición hacia un nivel de las representaciones del *self* y de los objetos más madura y diferenciada”.

Tal como lo expresa Mitchell (1999), su postura analítica consiste en una disposición a participar así como la curiosidad frente a los límites constrictivos a que esta forma de participación da lugar. Para ejemplificar esta postura utiliza la metáfora del baile: “No estoy proponiendo ir al baile y quejarse todo el rato de la música, sino más bien disfrutar de la música sumado al poner en cuestión la particularidad del estilo. ¿Cómo es que el analizando no aprendió otros pasos? ¿Por qué el analizando cree que esta es la única forma deseable de bailar? La mayoría de los analizandos necesita sentir que su propio estilo de danza es apreciado de manera de abrirse a expandir su repertorio”.

Hay algo que resulta confundidor en esta metáfora: ¿se puede disfrutar verdaderamente del baile, abandonarse a sus ritmos y al mismo tiempo reflexionar acerca del estilo? ¿No representan, acaso, dos momentos distintos: el del –movimiento– de la danza y el de la –detención– propia del momento de la reflexión?

Ahora bien, esta “tensión” temporal pareciera distenderse en el caso del “romance” de Mitchell (2000) con su paciente Gloria: “Nuestra relación analítica se caracterizó por una tensión romántica y un sutil flirteo erótico de parte de los dos. No elegí de manera

consciente ser coqueto, pero tampoco restringí de una manera consciente esta forma de ser con ella y que podía ser interpretado potencialmente como coquetería (...) Durante este periodo que duró varios años, ella creció en modos en que ambos considerábamos como constructivos. El romance entre nosotros tenía mucho de la cualidad de un espacio “potencial” winnicottiano...” (p. 138).

¿Cómo podremos entender esta duración, esta suerte de rendición o abandono a los sentimientos emergentes, sino a partir de una confianza tácita de que, en la medida que se aborda la labor analítica de una manera responsable y cuidadosa, disponiéndose a poner los límites cuando el analizando se muestre capaz de integrarlos, el proceso se encaminará hacia un crecimiento deseado?

Resulta coherente entender este “romance” como el modo particular en que se expresó la ilusión en su doble sentido de espejismo e imaginación junto a la esperanza que nos lanza ciega y confiadamente a un futuro prometedor. La oportunidad de ingresar y quedarse, por un tiempo, en estos espacios ilusorios probablemente es lo que nos otorga las fuerzas para tolerar la realidad ineludible de la separación y de la finitud.

Para Winnicott (en Mitchell, 1988), algunos pacientes *parecen* personas, pero carecen de las experiencias de ellos mismos como seres reales y existentes en el tiempo. Podría decirse que se asemejan a los “zombis”<sup>30</sup>, o a aquellos personajes ficticios a quienes se les ha robado el alma.

En los espacios de ilusión que el psicoanálisis hace posible hay lugar para imaginar una suerte de ritual mágico, en el que se ponen en juego principios de la naturaleza, entre ellos el fuego y sus atributos de movimiento y permanente cambio: “La tarea del analista es soplar las brazas, reavivar el fuego, encender la chispa. Él debe crear una atmósfera lo más receptiva posible frente a la subjetividad del paciente...” Con estas metáforas describe Mitchell (1999) la tonalidad afectiva con que Winnicott recibiría a un paciente con un *self* fracturado y magullado por las intromisiones maternas que han precipitado en él la necesidad de una adaptación prematura a la vida y una desconexión con su propia realidad subjetiva, el núcleo (corazón) del *self* y la fuente (*desde la cual mana*) su creatividad.

<sup>30</sup> Según Wikipedia, un zombi es una figura legendaria propia del culto vudú, y es la representación de un cadáver que de una u otra manera puede resucitar o volver a la vida.